

Juan Henry, que debian ser á la vez apóstoles y doctos personajes. Concentrados en el Maryland y en la Pensilvania, veian los Jesuitas desplegar ante sus ojos un porvenir de fatigas: el Ohio, el Kentucky, la Luisiana, el Misuri y las inmensas sabanas pobladas todavía por los salvajes, se estremecian de placer al solo recuerdo de los Jesuitas. Todas esas tribus invocaban á los *ropas negras*, para fortificarse en la fe, ó para que les procuraran la felicidad por medio de la civilizacion.

Ofrecia, no obstante, grandes obstáculos la dificultad del idioma inglés, que á duras penas pueden los extranjeros vencer, y sobre todo el espíritu general de que estaba el país animado. No se ven estas provincias, como podria creerse, sumidas en la ignorancia y en la idolatría, ni por lo mismo sus habitantes completamente privados de instruccion; tan solo en los mas apartados confines de este país podrán encontrarse algunos indios que casi no tengan conocimiento de Dios y de la sociedad; lo que procede de no ser los Jesuitas bastante numerosos ni bastante aptos á causa de su edad y sus fatigas para entregarse á todos los peligros del apostolado. El metropolitano de Baltimore y los demás Padres sus cooperadores se habian hecho cargo del estado normal del país; por lo que antes de emplear sus últimas fuerzas en un supremo combate á favor del Catholicismo, comprendieron que importaba dejar tras de sí á algunos sucesores de su valor. Así es que en el corazon mismo de la Union fundó John Carroll un colegio en Georgetown, donde los jóvenes aprendian á la vez la perseverancia religiosa y las bellas letras: era este colegio la mas grata esperanza de los misioneros, y por ello se consagraban enteramente á su prosperidad. Predicaban y enseñaban los Jesuitas en medio de una poblacion civilizada, hallándose á su pesar en rivalidad con los ministros protestantes acostumbrados á la discusion y fuertes por su número. Si era casi imposible á los Jesuitas reorganizarse en Europa, ¿cuánto mas debia serlo entre los Católicos de los Estados-Unidos? cuyos católicos si bien tienen una fe viva y un gran celo, resulta sin embargo de la situacion de su país y de los principios que prevalecieron en él una doble influencia á la cual no han podido sustraerse, lo que ofrecia entonces un obstáculo invencible á los progresos del sacerdocio.

Era un pueblo nuevo en el que es la industria una necesidad y será por mucho tiempo un lujo, y por la que tienen los americanos una actividad sin límites. Es el único móvil poderoso para la nacion

que arrastra hasta la juventud, excita todos sus pensamientos, sus gustos y sus deseos hácia las empresas mas magnificas ó las menos realizables. Al salir de la infancia, el americano es ya hombre en cuanto á la fortuna y los peligros, á causa de su ardiente sed de bienestar y de goces materiales, que para procurárselos, hasta le parece pequeño el sacrificio de su propia vida. Se ha desenvuelto en tan grande escala entre los americanos ese sentimiento de egoismo, que ni aun se ven libres de él los hombres mas eminentes y dotados de un patriotismo ilustrado. Hé aquí por qué debian naturalmente oponerse á la reorganizacion de una milicia religiosa que se sacrificaba sin mas interés que la salvacion de las almas: y hé aquí tambien por qué sofocaba la ambicion la vocacion en el alma de los americanos. Por otra parte la forma politica de los Estados-Unidos contribuia asimismo á alejarles mas de la vocacion religiosa. El modo con que el Gobierno ha sido planteado y se sostiene, da en efecto tanto campo á la accion democrática, que el abuso se produce inevitablemente junto al derecho. La libertad es un fruto del que el hombre se muestra ávido en todas las edades y condiciones: alimentados desde su cuna los jóvenes americanos con esas ideas de independencia absoluta, se han sentido naturalmente inclinados á disfrutar de esa manumision cuanto mas pronto posible. No se les enseñó á distinguir la independencia nacional de la libertad del individuo, y por ello en su pasion por el libre albedrío confundieron estos dos opuestos principios: el triunfo de uno vino á ser un exceso y la causa de la ruina social del otro. El primer yugo que tratan de sacudir los jóvenes de la Union es la autoridad paterna ó el poder temporal de los institutores que deriva de ella; sustraerse, pues, á él es un deseo innato en el corazon de aquellos hombres. Por otra parte en América se fomentó y exaltó este deseo con las falaces teorías de independencia: la poca severidad de los padres ó la certeza de ver despreciados sus consejos facilitaron mas la impulsión de aquel espíritu de emancipacion filial. No solo tenia este un grande ascendiente en la juventud indigena, si que tambien en la que acudia de Europa para consagrarse al Instituto de Loyola ó al sacerdocio: el aire de la libertad que respiraban aquellos novicios inexpertos en los Estados de la Union, arrojó á muchos de ellos á la senda del mundo, sin que admiraran á los Jesuitas aquellos contratiempos. No obstante continuaron en su plan, que al fin á causa de su perseverancia se vió coronado por el apetecido resultado.

Cuando la victoria dejó á los americanos enteramente dueños de su país, comprendió John Carroll que tambien la religion católica debia tener su iglesia y su casa de educacion entre todos los templos que levantaba la libertad á cada culto. Así, pues, fundó en las márgenes del rio Potomak y casi en las puertas de Washington el colegio de Georgetown, el *alma domus* de los Jesuitas anglo-americanos. El Congreso y los presidentes de los Estados-Unidos tomaron bajo su proteccion aquel establecimiento, que como la mayor parte de las residencias del Instituto se elevaba sobre una colina, á fin de ofrecer á lo léjos aquel espectáculo tan moralmente útil, aquel templo del Altísimo que era el indicio visible de la proteccion celeste. Otras varias fueron las iglesias que se construyeron por el celo de los Padres; á pesar de su débil esperanza de regenerarse, procuraron que el Catolicismo sobreviviera á la Compañía, haciendo que se acrecentara y que viniese á ser cada dia mas popular. Siguiendo las huellas del P. Hunder asistieron los que sobrevivieron de la Orden de Jesús al movimiento social que emancipó la América del Septentrion, procurando hacerlo en lo posible propicio al Catolicismo. Habian trabajado tan eficazmente los Jesuitas para la civilizacion de aquellos pueblos, que hasta los mismos Protestantes les demostraban su gratitud por los beneficios pasados, y por ello se les facilitaron los medios de extenderse por el Maryland, la Pensilvania y por los distritos de Colombia, Filadelfia, Boston y Nueva-York.

Bajo la direccion del P. Grassi, empezaban en 1813 á prosperar las misiones, cuando un grave incidente puso á los Jesuitas en divergencia con la ley: era el caso sumamente arduo, por tratarse nada menos que del secreto de la confesion. Vióse un comerciante despojado repentinamente de cierta suma de dinero: el ladron que habia logrado escapar á las pesquisas de la autoridad, era católico, y no pudo por lo mismo librarse de los remordimientos de su conciencia. Dirigióse al P. Kohlmann, jesuita francés, que nació á 13 de julio de 1771, y le confesó su crimen; el hijo de san Ignacio se encargó de repararlo restituyendo la suma sustraída. Á pesar de haber cumplido Kohlmann con su deber, vióse citado ante el tribunal por los magistrados, quienes le declararon que, segun las leyes de la República, el que ocultaba el nombre de un malhechor se hacia su cómplice, y que quedaba por lo tanto condenado á la misma pena. No intimidó aquella amenaza en lo mas mínimo á Kohlmann: reclamó la causa el Tribunal supremo, lo que llamó en gran mane-

ra la atencion pública. Divididos los Protestantes en dos campos, tomaron unos el partido de los Jesuitas, al paso que pidieron los otros que se observara la ley, de lo que resultaron solemnes debates en aquella cuestion de vida ó muerte para el Catolicismo. Expuso el P. Kohlmann con tal vehemencia ante el tribunal el respeto tradicional debido al secreto de la confesion, que conmovió á los Protestantes, llevó la conviccion en todos los corazones, y bajo la poderosa influencia de su palabra, declaró la magistratura que la libertad de conciencia debia extenderse hasta el secreto confiado á los sacerdotes católicos en el tribunal de la penitencia.

Tal fue el triunfo que logró el Jesuita por su obra intitulada: *Cuestion católica* y por su defensa; en 1815 quiso el Gobierno recompensar sus servicios, elevando el colegio de Georgetown al rango de universidad. Murió John Carroll el 20 de diciembre de 1815 en brazos del P. Grassi: aquel Arzobispo octogenario, que habia visto tantas revoluciones, moria al fin dejando la Compañía de Jesús en el camino de la prosperidad. Acababa de crearse un noviciado en White-Marsch en el que entraban diez y nueve jóvenes, en el momento que los funerales del Prelado iban á dar una nueva prueba de la libertad religiosa que supo tan sábiamente proclamar. Fue aquella la primera vez que vió la ciudad de Baltimore recorrer la cruz sus calles y los sacerdotes revestidos con sus hábitos de coro salmodiar los cantos de la Iglesia. Acogió la multitud aquella pompa fúnebre con un respetuoso silencio, demostrando así haber combatido por gozar de la libertad que concedia á los demás tan amplia como la deseaba para sí.

Dos años mas tarde el P. Leonardo Neale, sucesor de Carroll en la silla metropolitana, murió á su vez dejando á seis de sus hermanos afiliados en la Compañía, débil grano que no debia tardar en convertirse en abundante mies. En 1818 eran ya en número de ochenta y seis los hijos de san Ignacio. El P. Kenney pronunció ante el Congreso y el cuerpo diplomático la oracion fúnebre del duque de Berry. Se dedicaban los Jesuitas activamente á hacer todo el bien posible; fundaban en Georgetown escuelas gratuitas en las que eran educados por ellos mas de trescientos niños sin distincion de cultos. Cada semana abjuraban familias enteras el Protestantismo, y hasta hubo ministros anglicanos, y profesores de la Universidad que renunciaron á las ventajas de su posicion para atender á la voz

de Dios que les llamaba á la Compañía de Jesús¹. Léjos de alarmarse el Gobierno en presencia de tales resultados, sigue por el contrario su marcha progresiva; solo exige que al igual de todos los establecimientos de educacion pública reciban los Jesuitas la retribucion que las familias acostumbraban satisfacer, lo que era una garantía de legal competencia que parecia estar en oposicion con los votos de los Padres. Consultaron por lo tanto á su General sobre el particular; á lo que contestó Fortis que debian acatarse las leyes civiles, pero que para observar con todo rigor la pobreza religiosa, se ofreciesen todas las sumas procedentes de aquellas retribuciones á los indigentes, á los hospitales y á las cárceles.

El restablecimiento de los *ropas negras* fue anunciado por todas las inmensas sabanas, no tardando las tribus errantes en reclamar cerca los presidentes de la Union que les enviaran los misioneros á quienes tanto habian bendecido en otros tiempos sus abuelos. Les invocaban arduosamente para que fecundizaran el desierto por medio de la oracion y lo civilizaran por la enseñanza: los Osages dieron el ejemplo, que pronto fue seguido por los negros de Santo Domingo. En 14 de setiembre de 1823, hé aquí lo que escribia á los Jesuitas el abate Tournaire, misionero apostólico de Haiti: «Los Padres del Instituto han dirigido por espacio de muchos años las misiones de este país, edificado diferentes iglesias, y enseñado á hacer venerar el nombre de jesuita; sus trabajos consagraron para siempre en este país el nombre de Padre con que honran desde entonces los salvajes al simple sacerdote. Los negros ancianos hablan todavía de sus buenas obras recitando algunos fragmentos de sus oraciones, único resto de esplendor y piedad conservado en el corazón de estas pobres gentes despues de tantos años y de tan sangrientas guerras. Los Jesuitas abandonaron este país, y con ellos desapareció la Religion: considerad, pues, si es posible dejar perder así á cuatrocientas mil almas; si la piedad de los Jesuitas puede dejar morir así el recuerdo de aquel apostolado, sin el cual deben precisamente el odio, las miras de la Francia sobre Santo Domin-

¹ La conversion mas notable fue la de Barber, pastor de la Iglesia reformada y rector del colegio de Connecticut, el cual abrazó el Catolicismo con toda su familia y entró en el noviciado de los Jesuitas. Hizose admitir su esposa en el convento de la Visitacion; y quince años despues entraba su hijo en la Sociedad de Jesús.

«go y otras muchas miserias terrenas, cerrar para siempre el cielo á esas pobres almas de Jesucristo.»

Tales eran las tiernas instancias que llegaban cada dia de los puntos mas opuestos, ó mejor, el grito de gratitud tradicional que demostraba el homenaje tributado á la antigua Compañía de Jesús, y del que podia procurar hacerse digna la nueva Compañía. Cuando llegó empero á los hijos de san Ignacio la peticion de los negros, hallábanse ya aquellos empeñados por una especie de concordato con Guillermo Du-Bourg, obispo de Nueva-Orleans. Habíales encargado este evangelizar las tribus que habitaban las márgenes del Misuri y las de los rios vecinos, cuya mision fue aceptada por los Jesuitas. Destinóse á los novicios llegados recientemente de Bélgica para llenar los deseos del Prelado: eran estos Francisco de Maillet, Pedro de Smet, Verreydt, Van Asche, Clet, Smedts y Verhaegen, teniendo por directores á los PP. Carlos Van Quickenborn y Temmermann, familiarizados ya con la lengua inglesa. El obispo Du-Bourg, así como los discípulos del Instituto, no podian contar con mas recurso que su celo; pero no por ello desesperaron ni unos ni otros de la Providencia. Van Quickenborn recurrió á la caridad pública para dar comienzo á su obra, y dirigiéndose indistintamente á protestantes y católicos recogió en pocos dias limosnas bastantes para emprender el viaje y hacer frente á los primeros gastos indispensables de aquella obra de interés general.

Fue aquella excursion erizada de peligros, tanto por las inmensas praderas que tuvieron que atravesar los Padres, como por las interminables vueltas que debieron hacer por no exponerse á ser devorados por las fieras. Tan pronto se veian obligados á andar mucho tiempo á pié, como á fiar su existencia en débiles barquichuelos subiendo ó bajando por desconocidos rios, hasta llegar á San Luis donde les aguardaba otro género de pruebas. Estableciéronse junto á Florissant en un terreno vírgen á orillas del Misuri: confundidos allí en un mismo trabajo por la comun necesidad, empezaron á construirse una casa de madera y á preparar las tierras para el cultivo. Es en aquel punto el clima muy riguroso, particularmente en el invierno, por lo que se vieron obligados á resistir un frio tan intenso y un trabajo tan penoso, que solo su perseverancia en llevar á cabo la civilizacion que les habia sido propuesta por el Cristianismo, pudo hacerles triunfar de tantas privaciones y fatigas. Fundó Van Quickenborn los cimientos de una mision, creó un colegio de

algunas residencias, y no paró hasta penetrar en el interior del país para trazar á sus sucesores la gloriosa senda que debían seguir. Abren los Padres belgas aquellas regiones al Evangelio; mientras que algunos jesuitas franceses llamados por el Obispo de Bardstown se internan hasta el fondo de las inmensas soledades del Kentucky. Otros jesuitas, en fin, siguiendo las huellas de Purcell, obispo de Cincinnati, van á establecerse en el Ohio. Al acceder los Padres á las instancias de estos Prelados, que conocían tan bien la necesidad de apoyarse en hombres de aquel temple, no creyeron llegado aun el momento de reproducir los prodigios pasados. Por mas grato que les fuese despertar, apenas salidos de su sepulcro, á aquellas tribus y convocarlas al pié de la cruz, no podían los hijos de Loyola por su escaso número enviar al martirio ó á la muerte á los Padres que tan generosamente emprendieron aquel penoso apostolado. Á este fin se vió obligado el Instituto á evitar los sacrificios individuales, y á sujetar por medio de la obediencia á sus hijos á trabajos menos peligrosos, por lo que solo obtuvieron, y aun muy difícilmente, algunos jesuitas el honor de ir á morir entre los salvajes.

Acababa de tener lugar un acontecimiento notable, del que procuraron los Jesuitas sacar todo el partido posible. En los Estados-Unidos la poblacion blanca protestante era superior en número á la de los indios, los cuales se veían sin cesar rechazados por los blancos, siendo continuamente derrotados en la guerra que se veían obligados á sostener, y que habria ocasionado en último resultado su total extincion. Los Jesuitas en los mas prósperos dias de sus misiones no pudieron nunca acostumbrar á las razas indias á la vida civilizada: exceptuando los habitantes del Maine y del Misisipi, trató la Sociedad renaciente de lograrlo por otras vias. Para conservar en otro tiempo el gérmen del Cristianismo, suavizar las costumbres y atraer los salvajes á un progreso real, fue necesario privarles toda comunicacion con los blancos. Al presente que las leyes vigentes de los Estados-Unidos se oponían á semejante prohibicion, por favorecer el comercio entre las dos razas, volvieron ellos á reclamarla, lo que hacia mas difícil que nunca preservar á los indios de los vicios inherentes á su naturaleza. En vista de semejantes obstáculos no creyeron los Jesuitas deber luchar abiertamente contra las imposibilidades morales y materiales que tenían presentidas, en cuya alternativa prefirieron lo cierto á lo incierto. Habíaseles acusado en otro tiempo de poetizar las misiones, y encubrir las ambi-

ciones ó los crímenes del Instituto tras una brillante página de historia cuya grandeza y utilidad eran generalmente confesadas; así es que no quisieron que semejante imputacion fuese de nuevo dirigida contra la Sociedad naciente: se les condenaba á ser hombres, y aguardando dias mejores, se resignaron, ó mejor, se limitaron á las proporciones de la humanidad.

Perpetuar la fe en las generaciones católicas, convertir los sectarios por medio de la discusion y formar un clero nacional, fue el triple fin que se propusieron los Jesuitas. Abrazaban con el pensamiento los trabajos de los antiguos Padres, y no se les ocultaba cuanto debían aun practicar para fecundizar aquel suelo que tanto deseaban verle producir mieses cristianas. Contaban solo con un pequeño número de fieles esparcidos entre una multitud de sectarios; por lo que creyeron deber empezar el combate por el punto donde era mas inminente el peligro. El libre exámen, la independencia absoluta y el lujo, engendraban frecuentes apostasias y una licencia sin freno: la falta de sacerdotes por otra parte producía tambien un letárgico sueño que podía considerarse precursor de la muerte. Á los ojos de los Jesuitas, parecían los americanos estar destinados á desempeñar mas tarde un gran papel en los asuntos del mundo, merced á su industriosa actividad, y á su genio penetrante y siempre ávido de empresas gigantescas. Á pesar de la incertidumbre de los humanos cálculos, concibieron, pues, los Jesuitas la idea de que estaba reservado á aquel pueblo ejercer una influencia predominante: el atractivo protestante no existía ya; los lazos de secta no conservaban ninguna fuerza; hé aqui por qué la confusion de principios, la inestabilidad de los símbolos, las divisiones estrepitosas, y el deseo de conocerlo todo, lanzaban evidentemente los ánimos hácia la indiferencia, ó hácia la fe antigua, inmutable, indefectible de Jesucristo. Por esto auguraron los Jesuitas que semejante movimiento debía necesariamente conducir al conocimiento de la verdad que por su parte procuraron hacer mas patente.

Á este fin renunciaron por algun tiempo á las misiones aventuradas: así es que solo se ocuparon durante algunos años en los cuidados del sacerdocio y de la enseñanza; pero como la mayor parte de los Católicos pertenecían á las clases trabajadoras, no podían sostener al Clero ni ayudar á la construccion ó conservacion de las iglesias. Hasta los mismos colegios estaban á punto de cerrarse por falta de socorros pecuniarios: una casa de educacion que se fundó en Was-

hington, sucumbió en poco tiempo al peso de sus cargas. Á pesar de tantos apuros, mandó el General en 1827 que se cerraran todos los establecimientos antes de echar mano de la retribucion que debia distribuirse á los hospitales y á las cárceles. El P. Jeremías Kelly, rector del colegio, se negó á obedecer semejante orden, prefiriendo cerrar otro establecimiento; y en el interés del Instituto, encargó á los profesores de la Sociedad que no perdiesen nunca de vista un establecimiento tan útil. La proposicion de Kelly era contraria al voto de los Jesuitas así como al principio de la Orden: y por lo mismo fue desaprobada y expulsado Kelly de la Compañía.

Este ejemplo daba á los americanos una idea de lo que los Jesuitas podian y debian hacer: transcurridos algunos años presentó el cólera á los Padres bajo un aspecto diverso. Viéronles los Estados-Unidos desinteresados y siempre prontos á sacrificarse por la felicidad de los demás, ofreciendo particularmente en 1831 el ejemplo de la mas asombrosa intrepidez. En una noticia manuscrita sobre las misiones de los Estados-Unidos remitida de Filadelfia por el P. Dubuisson á la condesa Constancia de Maistre, duquesa de Laval-Montmorency, leemos la relacion de las impresiones que causó el valor de los Jesuitas y de las Hermanas de la Caridad:

«No se sabia con certeza, refiere Dubuisson, si era ó no aquella enfermedad contagiosa, por no andar sobre este punto acordes las opiniones; sin embargo era innegable, por haberlo así hecho notar la experiencia, que casi siempre donde habia una víctima del cólera era inmediatamente seguida de la muerte de otras personas de la misma familia, ó de los que vivian en la misma habitación, por lo que inspiraba la enfermedad un terror inaudito. Muchas veces las personas atacadas se vieron abandonadas á su triste suerte, ó á lo menos la madre, la esposa, el amigo íntimo, el criado fiel ó el amo compasivo debian dedicarse solos á los cuidados extraordinariamente asiduos que exigia la enfermedad, sin que nadie acudiese á su socorro por mas que lo implorasen á todos sus amigos. Consecuentes en la aplicacion de un principio dictado, no por la caridad cristiana, sino por el interés personal, se alejaron los ministros de las sectas, mientras pudieron, del país invadido por el cólera, ó se abstuvieron en general de visitar á los apestados. Decimos en general, porque hubo algunos de aquellos ministros que supieron desafiar el peligro para exhortar los moribundos á la resignacion. Debemos decirlo, fuera de la comunión católica,

«los enfermos ó los que los cuidaban apenas se acordaban de llamar al ministro. ¡Qué contraste entre ese egoismo ó esa indiferencia glacial y el ardoroso celo y los asiduos cuidados de los sacerdotes y de las Hermanas tan propiamente llamadas de la Caridad! Se habia oido hablar en los periódicos de esa caridad, de ese celo desplegado primero en Europa y luego en el Canadá antes de que se hubiese declarado la enfermedad entre nosotros; pero nada hay que pueda compararse con lo que aquí hemos visto por nuestros propios ojos. Protestantes, Presbiterianos, Metodistas y Baptistas, Cuáqueros y Unitarios, todos fueron asombrados de ver universalmente á los sacerdotes católicos asistir á los enfermos á todas las horas del día y de la noche, no solamente en la casa del rico, sino aun mas á menudo en la pobre y repugnante habitacion del indigente y del negro. ¡Imagínese cuál debia ser su sorpresa al ver á un sacerdote dispensar á veces al moribundo lo que el mundo llama los servicios mas bajos y humillantes! á la vista de las Hermanas de la Caridad, de esas damas jóvenes y delicadas que se dedicaban á los mismos cuidados cerca de las víctimas hacinadas en los hospitales provisionales, damas para quienes aquel género de sacrificio heroico era una cosa enteramente nueva! pero ¡oh dolor! ¡oh escenas que ningún pincel puede trazar! Pronto dos de aquellas Hermanas, de aquellos ángeles en forma humana, fueron atacadas del formidable azote, á cuyo furor terminaron en pocas horas su gloriosa carrera. ¿Qué es lo que van á hacer entonces las demás? ¿Ceder al terror? ¿Emprender la fuga? No, no: conocen el peligro, miden con la vista la profundidad del precipicio, y marchan sin volver la cabeza resueltamente por sus bordes... porque beben en un manantial divino su valor santo y tranquilo. Léjos de desalentar el heroismo de las demás la muerte de las dos santas víctimas, llamáronse nuevas hermanas que volaron á aquel teatro del heroismo tan puro que únicamente la caridad cristiana sabe inspirar, y, digámoslo de una vez, que el solo celo católico presenta al mundo asombrado.

«Inmenso fue el efecto producido en todos los ánimos, profunda la impresion, espontáneo el homenaje de los aplausos. Abriáanse todos los labios para hacer el elogio de aquellos inestimables Hermanas; todos los periódicos anunciaban sus virtudes. Fácilmente se concebirá el honor que debia reportar de ello el nombre católico.»